

Cuentos
de ojos
y *avellanas*

A



V

André López García

PROYECTO

Almendra



Proyecto Almendra
Miguel Ángel Galván Panzi, coordinador del proyecto

Edición *Édgar Roberto Mena López*
Consejo editorial *Nancy Mora Canchola,*
Alejandro Espinosa Gaona, Alejandro Baca

Proyecto PB 402015
Proyectos Editoriales, Departamento de Impresiones
de CCH Naucalpan.
Calzada de Los Remedios 10, Colonia Los Remedios,
Naucalpan, México, CP 53400.



Primera edición, enero de 2020



© *André López García*
© 2020, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
CP 04510, Ciudad de México.

“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales”.

Impreso y hecho en México.



Cuentos de ojos y avellanas

André López García

P R O Y E C T O

Almendra



Un sueño

*No era mi día. Ni mi semana, ni
mi mes, ni mi año. Ni mi vida.*

Bukowski, *Pulp*

Tres pesos —en monedas de uno—, un pasador, unas bolitas para el cabello verdes y un poco de pelusa: ese era el contenido en la mano de Armando al momento de subirlo a la ambulancia; pero ¿qué relación guardaban esos objetos? ¿Por qué los sostenía con tanta fuerza? A los médicos no les interesaban esas preguntas, al menos no después de descartar la primera [¿De qué serviría resolverla?] y elaborar una *deducción científica* de la segunda [que más bien se trataba de una especulación mal hecha]: “Armando hurgó su bolsillo en busca de algún objeto específico de importancia no relevante, justo antes de que el automóvil lo dejara inconsciente y con tres

costillas rotas (una de ellas a punto de perforarle su pulmón izquierdo). Las sostenía con fuerza debido a un movimiento involuntario y espasmódico causado por la adrenalina secretada por su cuerpo en esos segundos cruciales”. Eran, como ya fue dicho, palabras huecas, frutos de una suposición excesivamente objetiva, que hablaba mucho de los médicos y que rendía cuentas de su necesidad de darle una explicación racional a todo, sin fijarse, en la mayoría de los casos, en el aspecto emocional.

Y es que lo que ellos no sabían —y que nunca les pasó por la cabeza—, era que esos objetos significaban para Armando una vida mejor, un futuro seguro, un sueño que se volvió inalcanzable.

Los sucesos se repetían dentro de la mente del herido; desde la noche anterior al accidente, hasta el preciso instante del choque. Todos ellos desfilaban frente a sus ojos cerrados:

»Era de noche, pero él aún no dormía. Llegaba sumamente cansado a su departamento, situado en el cuarto piso de un edificio con un aire un tanto sombrío. Sostenía un *Delicado* con filtro entre sus envejecidos y artríticos dedos, mismo que tiró al cenicero del pasillo cuando hubo dado la última bocanada. Al abrir la puerta, siempre se lamentaba de no tener alguna mascota que lo recibiera, que corriera a su encuentro y saltara frenética a su lado. Se sentía bastante solitario

y, por tanto, infeliz. Tal vez al día siguiente diera una vuelta por la veterinaria, durante su descanso. Tal vez. Su vida entera se resumía en esas dos palabras lastimeras que lo hacían sentir miserable. *Sí, tal vez mañana me decida a hacerlo*, se burló.

»Dejó caer con suavidad y cuidado su cuerpo sobre el colchón maloliente y desgastado, casi tan roto como su ánimo por vivir.

»Cerró los ojos.

»No sentía su cuerpo, tampoco alcanzaba a ver nada a lo lejos. Estaba soñando. ¡Otra vez con lo mismo! Esa era, quizá, la quinta (¿o sexta?) ocasión en que su inconsciente lo remitía a aquel vacío. Y, como las otras veces, pudo percibir un olor bastante dulce, como el de alguien que usa perfume en exceso, pero que no llegaba a ser desagradable a su olfato, sino al contrario: inclusive le atraía. También pudo captar, por medio de su vista, la silueta de luz (luego de lo que parecieron años vagando en esa oscuridad que lo aturdió) que se dirigía hacia él; era la chica de figura curvada —sus caderas le recordaban tanto a una pera, que ya la distinguía con facilidad gracias a eso, tan sólo bastó con encontrarse con ella durante tantas noches—. Aunque claro, no llegó a ver más que eso, como siempre, pero sí se atrevió a cambiar esa historia repetitiva acercándose tímidamente (*nadando*) hasta rozar sus labios carnosos y saborearlos en un beso suave y perfecto. No sabía

cuál era el color de su cabello, ni la forma de su nariz; si tenía cicatrices, marcas de nacimiento o cualquier rasgo que la mayoría de la gente distingue gracias a los ojos; tampoco tenía noción de las cosas que nos rige la razón: sin ninguna idea de cuál era su nombre o su edad. Era una completa desconocida y, aun así, la siguió besando como cada noche, como en cada sueño, y sintió que se enamoraba por completo, y que quería terminar con su soledad pasando el resto de su vida con ese ser nocturno que lo visitaba sin faltas. Sintió que casi era hora de despertar. Pero esta vez, como las cosas habían sucedido de un modo distinto al de las anteriores, pudo preguntarse: ¿por qué no seguir las cambiando?; en el momento en que el beso debería haber terminado (junto con su descanso) abrió los ojos, como si lo hubiera movido una fuerza invisible y pudo distinguir el color del iris de *ella* por primera vez: era avellana.

»No pudo pasar, ni siquiera, el resto de su sueño a su lado. Abrió los ojos, pero en esta ocasión, su vista se topó en la triste y monótona vida real.

»Sudaba. No de preocupación o de miedo, sino de emoción. Giró su cuello con esfuerzos y su débil visión le permitió saber que el reloj de pulsera sobre su mesita de noche indicaba las 5:27 (la alarma no servía ya. *Tal vez pase con el relojero al rato*, murmuró) y, esculcando en su memoria de duermevela —que

andaba por los mismos pasos que el despertador—, se dio cuenta de que tenía, a lo mucho, media hora para llegar a su trabajo.

»Se vistió, sin prisa, con un traje negro algo sucio y viejo, pero que aún resistía unos cuantos usos más. Estaba la opción de que el sastre hiciera más larga su esperanza de vida, pero la descartó con lamentos, pensando en su presupuesto. Tomó unos zapatos de punta y guardó en su bolsillo una moneda de diez pesos que estaba junto a su reloj, al cual también echó mano y se lo ajustó en la muñeca izquierda. No necesitaba llaves del departamento, pues la puerta no servía del todo; cerraba, pero el pasador que reaccionaba con la llave estaba atorado y nunca se molestaron en arreglarlo; lo cierto era que no había mucho que robar dentro de su morada, así que hizo poco esfuerzo por exigirle algo de ello a la casera (además, cabía la posibilidad de que pensara que el culpable de que no sirviera fuera él mismo..., y no tenía muchas ganas de buscar pleito). Así que jaló suavemente hasta oír un suave *clic*, y se marchó a las 5:46. A tiempo. Aún.

»Esperaba a la combi parado en la banqueta, con las manos en los bolsillos y la mirada cansada. De repente, todo cesó —el sonido, el color, y la noción del tiempo dejaron de causar efecto en él—. La sensación en su cabeza le recordó a las caricaturas de su infancia, ese momento en donde algún personaje recibe un golpe

fuerte con un bate de béisbol en la cabeza. Casi podía ver las estrellas y los pajaritos bailoteando alrededor.

»Creyó que iba a desmayarse, pero no sucedió así; su vista sólo se nubló, un mareo lo recorrió como una ola fuerte en un mar tranquilo..., y eso fue todo. Las cosas volvieron a la normalidad en el mundo de Armando. Se miró las manos: le temblaban; necesitaba un cigarrillo. En la oficina no le permitirían fumar sino hasta la hora del descanso. Abrió la cajetilla y sacó uno de los últimos. No le dio tiempo de encenderlo, la combi se acercó y él alargó la mano para que ésta se detuviera. Así lo hizo. Partió a las 5:55. Maldijo por lo bajo.

»El chofer conducía con lentitud y el viaje se le antojaba más largo de lo normal. A las seis iba apenas a la mitad del trayecto. Tendría un retraso en el trabajo, como se le había dado últimamente; aunque ese día ya no le interesaba tanto una represalia como esa. Comenzó a preguntarse qué tenía de especial su vida, cuál era su propósito, cuando de pronto, percibió un olor. Era dulce (bastante) y se asemejaba al de alguien que usa media botella de perfume para agradar al olfato, y que lo logra, rozando apenas lo empalagoso. Sí, se trataba de ese olor, no podía dudarlo.

»Su sobresalto fue grande, aunque logró disimularlo, y se empezó a frotar lentamente las manos y a mirar a todos lados (*Tal vez piensen que es por el frío*, se dijo);

su vista se detuvo en una mujer. Era extraño: a pesar de que solamente la había visto en sueños [y nunca algo más que su silueta] podría *jurar* que era ella; nunca se había sentido tan seguro en algo. Eso sí, ojos color avellana, no se olvidó de rectificar.

»Se quedó mirándola; si hubiese volteado, tal vez la chica se habría asustado, pero no lo hizo; ella estaba inmersa en sus propios asuntos, al igual que los demás pasajeros de al lado y en derredor, quienes estaban con la atención centrada en sus teléfonos celulares, mensajeando (seguramente) con un novio (con el cual no podrían durar ni un mes, a criterio de Armando) por alguna de esas nuevas redes sociales de las que tanto hablaban todos..., o tal vez jugando algún juego estúpido como ‘Tetris’, ‘Pac-Man’ o algo por el estilo (Armando no era muy moderno en esas cuestiones, que digamos). El caso es que parecía ser el único en notar a la chica, y no se le hizo raro.

»Relamió sus labios resecos y deseó con todas sus fuerzas un vaso de agua para ese momento. La combi saltó de pronto a causa de un bache, las cosas de la chica saltaron al suelo y, malhumorada, comenzó a levantarlas; guardó casi todas, pues se olvidó de unas bolitas para el cabello y dos pasadores, de los cuales uno fue a parar debajo de un asiento. Así que, mientras ella pagaba su pasaje (sin que el conductor mostrase mucha importancia, gracias a que recibió el dinero de

los demás también), el transporte frenó con un semáforo en rojo y varias personas bajaron aprovechando la situación, pese a que no era la parada indicada por ellos. Él había pensado en cómo presentarse: *Hola, soy Armando Olivares Pérez; no me lo vas a creer, pero llevo días soñando contigo, creo que deberíamos conocernos y, con el tiempo, pasar nuestra vida juntos*; la sola idea hizo que dibujara una sonrisa boba en su rostro y mejor decidió bajar para seguir a la chica. Pagó con la moneda de diez pesos y le devolvieron tres (*¿cómo no pensaste en lo del regreso?*, se reprochó); los guardó junto con las bolitas y el pasador y bajó de un salto antes de que el semáforo cambiara a verde. Estando en la banqueta, miró a su alrededor e identificó esa figura de pera al otro lado de la calle, esa mujer que caminaba entre una multitud que parecía no notarla. Formó un puño dentro de su bolsillo, aferrándose a los objetos que tenía dentro, sacó su mano, y cruzó la avenida. No miró a los dos lados, como su madre le enseñó desde pequeño; en ese momento olvidó todo aprendizaje en la vida, con su mente centrada en una sola cosa. Ese fue su error.

»Los demás sucesos que Armando presencié, pasaron de una manera tan rápida que ni siquiera pudo digerirlos. La imagen brumosa del auto que lo arrojó fue lo último que se guardó en su memoria, además del sordo ruido de las llantas frenando sobre el asfalto.»

Para cuando la gente comenzó a congregarse para ver qué sucedía, ya se encontraba inconsciente. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Esa era la historia que se repetía en su mente. Pasaron algunos meses, en los cuales, ese pobre hombre que solamente intentó perseguir su sueño estuvo conectado a un suero para poder comer artificialmente, vestido con una bata de hospital azulada, derrotado, sin muchas esperanzas a considerar, pero aferrándose a la vida como le fuera posible.

Una y otra vez los mismos sucesos, día tras día. El tedio al trabajo, a la misma vida. Los sueños. La chica. El pasador. Las bolitas.

Un dedo se movió, seguido de otro y, después, un espasmo en la mano completa. Armando había despertado después del coma. *¿El seguro lo cubrirá?*, era una pregunta que se formuló cuando recuperó el uso de razón; sin embargo, no la podía contestar.

Recordó todo: las imágenes, la depresión, las frustraciones y demás sentimientos, hasta recordó ciertos detalles que quizá ni siquiera importaran; hasta creyó tener en cuenta el color del auto que lo arrolló: azul (seguramente ahora tendría el cofre abollado). Llamó a la enfermera y las costillas rotas le provocaron punzadas de dolor que lo obligaron a gritar con fuerza. Ésta llegó con rapidez al oír los gritos y, al ver que el paciente ya no dormía, fue por el doctor, quien tenía

un nombre que a Armando le recordó una telenovela.

Lo trataron un poco más. Recomendaron medicamentos, aplicaron inyecciones y, después de arduo proceso de adaptación [necesitaba asimilar ciertas noticias, recuperar ciertos hábitos... ¡Tanto tiempo sin consumir algo sólido!], estaba listo para continuar dicha rehabilitación en lo que los médicos llamaron “la comodidad de su casa”. Tenía tiempo para pensar..., demasiado tiempo. Había vendajes cubriendo la mayor parte de su caja torácica. Le dolía al respirar y, por supuesto, al caminar; ese era motivo de que usar bastón se volviera, con el tiempo, algo característico en él.

En las tardes solía sentarse con esfuerzos, mirando la puesta de sol desde su pequeño balcón y, aunque el olor de la ciudad le molestaba, era la única manera de inhalar humo —en el hospital le habían hecho bastante hincapié en el cuidado de sus pulmones, por lo que retiraron de sus hábitos el fumar tabaco en específico. Claro, si quería conservarlos—. En esas tardes se ponía a pensar en sus sueños, los cuales tenía tiempo que no se habían repetido. Pensaba en la chica.

—Pudo haber sido la soledad —dijo un día para sí mismo—..., ¡pero claro que fue eso!; me alteró y de repente..., y de repente deseé tener a alguien a mi lado..., alguien con quien compartir mi vida. Alguien que me hiciera sentir acompañado —miró el cielo anaranjado, pensando en lo ridículo [pero lamenta-

blemente necesario] que era hablar consigo mismo. Una lágrima se escapó de sus cristalinos ojos—. Tal vez... tal vez lo deseé con demasiada fuerza. Tal vez me estuviera volviendo loco. Sí. Eso era. Lo que vi ese día no fue más que un maldito espejismo, un delirio, una fantasía que quería volver realidad, un... —hizo una pausa mientras miraba la palma de su mano. Recorrió con la vista al pasador, a las bolitas verdes. Los tres pesos seguramente estarían ahora en manos de otro conductor, dentro de su sillón, debajo de algún mueble..., o en un lugar que ni siquiera le pasaba por la cabeza; quizá encontrar las otras dos cosas en el hospital, como si lo estuvieran esperando, había sido, de por sí, una maldita fortuna. Otra lágrima se paseó por su mejilla cual río diminuto formado por una leve llovizna. Un nudo se formó en su garganta. Fue casi imposible escupir las dos últimas palabras, pero por fin pudo hacerlo. La ruptura del silencio le hizo muy bien. Fue como quitarse un gran peso de encima—: Un sueño.

Inventado historias

Es una sensación confusa aquella que me llega, la mayoría de las veces, al terminar un libro, ¿alguna vez la has sentido? Se trata de una mezcla entre alegría, nostalgia y, a veces, un poco de decepción de pensar en el futuro, por todo lo que implica abandonar una historia y tener que salir de tu mundo o, al menos, del mundo literario. Claro que en ese gran conjunto de ocasiones abundan, al menos en mí, la alegría y la satisfacción por haber cerrado algo, por haber concluido otro pedazo de vida.

Faltaba media hora para llegar a mi casa cuando acabé *Novecento*, de Alessandro Baricco (dentro del transporte público). Ya había visto la película y, aunque el texto me agradó mucho, guardé la idea de que el gran Danny Boodman T.D. Lemon Novecento (ese es su nombre, por si no queda claro, pero te recomiendo la novela), hace música conforme observa a las personas, como lo plantea la cinta.

Entusiasmado por dicho planteamiento, decidí practicarlo en *mi* campo: la creación literaria —lo sé, me enorgullece presumirlo—; así que me dispuse a mirar a mi alrededor para imaginar no música que les quedara a las personas, sino historias.

Mi vista se topó con un señor de aspecto triste, que iba en medio de otro señor triste que miraba a una chica hermosísima y, del otro lado, una tipa gorda —gordísima, te lo aseguro; ¡casi de este tamaño! Ya me la imagino en su consulta, con un Doctor calvo, de lentes, que le dice: “Debería probar esta dieta, seguro que ahora sí le funciona. También debo recetarle laxantes, para su estreñimiento, y bla bla bla”. Bueno, estoy divagando—; en el que me centré. Era un sujeto de cabello cano, cubierto por una gorra del PRI (se notaba quebradizo y de aspecto frágil, al igual que el resto de su cuerpo); tenía ojos cansados y mirada apagada. Vestía pantalones de mezclilla y una playera que *debería* ser blanca; o al menos supongo que lo fue en algún momento. Se quitó la gorra con lentitud y la guardó en su morral de cemento Cruz Azul.

Albañil. ¿Para qué hacer más conjeturas sobre su oficio si ya tenía eso resuelto por su vestimenta (y, además, sus manos)? Este era su perfil laboral planteado por mi mente en ese instante: Construye obras baratas; difícilmente puede aspirar a conseguir otro empleo, —uno bueno de verdad, porque si pudiera, ya lo habría

hecho—; tiene que soportar a un jefe engreído que lo hace sentir menos intelectual y humanamente; etcétera.

Todo eso lo pensé mientras observaba la mochila fijamente; inclusive inventé un nombre creíble para el ingeniero que lo denigraba; aquel con el que más estuviera acostumbrado a trabajar. Un nombre sencillo, pero fuerte: Eduardo. Licenciado en Ingeniería Civil, estudios concluidos en alguna sede de la UNAM —¿Qué plantel?, ¿en dónde tendrán esa carrera?, ¿C.U., tal vez?—; en fin, todo para llegar a su objetivo: estar por encima de un montón de pobres diablos que se ganan la vida pescando lo que puedan; albañiles, en general, que están abandonados a su suerte, *a ver qué chamba agarran*.

¿Y cómo se llamaría mi albañil? ¿Marco? ¿Juan? ¿Ricardo? ¿Seguro es José!, me dije, y me sonó bien, así que de esa forma lo bauticé. “¿Qué onda mi Pepe?”; “*Don José, ¿ya están listos los colados? Apure a sus achichincles, que para eso les pagan*”; “*Joselo, carnal, ven a echarte una chela*”. Ya me los imaginaba a todos, hablándole de diferentes maneras y en distintas ocasiones.

En ese instante, José puso su mano derecha encima de la izquierda e hizo un movimiento casi imperceptible: a simple vista parecería que se estaba rascando, pero en realidad yo noté lo que hizo: se quitó un anillo. Después, claro, se rascó, pero primero hizo eso; lo confirmé cuando vi que metió lo que se quitó dentro

de una “bolsa secreta” en su mochila y el pequeño aro dorado emitió un reflejo de luz.

¿Lo hacía porque presentía un asalto? ¿Le molestaba tenerlo?, ¿le apretaba? Descarté esas preguntas porque (1) no había nadie sospechoso (al menos no a simple vista), (2) acabábamos de pasar los lugares más concurridos por asaltantes y “lacras”, y (3) ¿apretarle?, lo pensé un poco más y era algo poco creíble, se lo habría quitado desde hacía tiempo, el dedo no le pudo crecer en unas horas, a menos que se hubiese lesionado, pero no había indicios de algo así. Me dije, por fin, una respuesta a por qué se lo quitó que me convenció: un divorcio.

Piénsalo: suena lógico. Su esposa, harta de su empleo (según ella) sumamente denigrante y de sus vicios cochinos (oh sí, porque lo de “*Joselo, carnal, ven a echarte una chela*” no era una vez al mes, no: se trataba de algo constante, al menos de, digamos, una, dos o tres veces por semana. José no podría considerarse como un bebedor ocasional; se trataba ya de un asunto mayor: de alcoholismo. José era un *borracho*. Así te digo la palabra, con todas sus letras y sus significados: *borracho*); bueno, el caso es que le había propuesto una mañana que se separaran de manera legal. Él, triste, y con su mundo derrumbándose, no tuvo otra opción que suplicarle que no lo dejara, y le dijo que cambiaría para bien; le pidió otra oportunidad.

Ella —¿Belén, quizá?— se negó rotundamente, pero no sin antes haber dudado; ¿y si se ahorraba ese dinero del tribunal, el juzgado, el abogado, y todo el papeleo, y sólo le daba un susto para hacer que cambiara? Esa pregunta cruzó su cabeza como un rayo veloz, pero no la detuvo. A pesar de ello, de ver segura a su esposa, José intentó vislumbrar una posibilidad; no podía resignarse a ver a sus hijos sólo los fines de semana; no lo resistiría —además, ¿CÓMO los fines de semana?, era su descanso, su tiempo libre. Tiempo que José usaba para beber.

Entonces, así quedaba: se aferró a una esperanza, como la mayoría de las personas hacemos cuando vemos todo perdido; se aferró a la idea de cambiar y redimir su vida; pero, pese a todo, Belén no prestó atención al esfuerzo. Belén continuó con los trámites. Belén contrató a un abogado (Félix, ese nombre me gusta). Belén le dio fecha de cita a José para un tribunal.

Y allí estaba él, sentado en un maloliente asiento de combi, reflexionando —¡porque claro que se reflexiona en una combi, carajo!, es mucho mejor que un templo budista o que una construcción griega del siglo cuatro antes de Cristo; se llega más fácil a la iluminación cósmica pasando por baches y carreteras mal hechas, que en completa y serena quietud; las ideas se juntan más fácilmente, te lo digo por experiencia—, cuando cayó en cuenta de que todo esfuerzo era inútil;

se dio cuenta que Belén no daría marcha atrás, y se quitó el anillo de una manera simbólica. Daba testimonio de que se estaba rindiendo —¿verdad que es algo poético?, casi lloro de tan sólo mirar al sujeto.

Pobre hombre. Pobre José.

Llegó mi hora de bajar. Pagué con cambio, la combi frenó, se abrió la puerta y me paré de mi lugar...

Pero no podía irme así, sin decir nada. Así que volteé, lo miré fijamente a los ojos, unos ojos preciosos, color avellana, y le dije:

—José, te compadezco. Ojalá que superes tu alcoholismo y Belén se dé cuenta de todo lo que haces por no separarte ni de ella ni de tus hijos. Ojalá que, si el asunto se va más lejos, Félix sea un completo incompetente y el juez te ceda la custodia a ti...

—¡Ya bájate, pinche chamaco! —me gritó el conductor.

—Cálmese, ahorita voy —respondí de inmediato—.

Entonces, José, que te vaya bien amigo —concluí, y le toqué el hombro.

Esperaba una sonrisa de su parte, una lágrima escurriendo de su mejilla, o a lo mejor un “gracias” acaso fingido; en fin, esperaba muchas cosas, pero no lo que me respondió:

—¿Y a ti que chingados te pasa, morro orate? Yo ni me llamo José, me llamo Felipe. Me has de andar confundiendo, cegatón pendejo.

Avergonzado, la sangre se juntó en mi rostro. Me bajé ruborizado mientras cerraban la puerta con mucha fuerza.

Todavía alcancé a oír el “¡*Pinche loco!*” que José/ Felipe me gritaba, y la mentada de madre de parte del conductor.

Desde ese entonces todas las historias que tengo de la gente, por más convincentes que sean, las guardo para mí y, si de plano me gustan mucho, termino por escribirlas. ¿Harías lo mismo?

¿Imposibles?

*Pero no sé que diera por tenerla ahora mismo,
mirando por encima de mi hombro lo que escribo.*

Joaquín Sabina, Amores eternos

Ya perdí la cuenta de todas las veces que he oído decir —o que me he tenido que repetir— la frase: “todo lo que no te mata, te hace más fuerte”. También de las veces que me he consolado agregando: “hasta lo que sí te mata, fortalece a los demás”.

No malinterpretes mis palabras, que con ello no quiero decir que no me haces falta, porque cada segundo que pasa te echo de menos..., te extraño. Cada paso que doy, cada objeto en la casa, cada rasgo de mi rostro, de mi personalidad, viene inevitablemente acompañado de tu recuerdo, directa o indirectamente. Ahora que

han pasado los años, me miro al espejo y pienso: ¿Qué diría mamá? ¿Eh? ¿Qué harías al verme así: a punto de concluir mis estudios, con pareja estable, departamento rentado, auto no muy ostentoso; con muchos textos en mi larga trayectoria como lector —y un poco menos, como escritor—, con cientos de películas vistas, millones de sueños por contar..., en fin, con mi vida a medias, pero continuando con ella?

Seguro no habría llegado a donde estoy sin que tú te hubieses ido, eso es algo que no voy a negar. Ni por asomo sería lo que soy ahora; no habría ganado toda la fuerza y experiencia que gané con lo que no me mató, que estuvo a punto, pero no lo hizo.

Pero te aseguro que, de ser por mí, cambiaría toda esa experiencia, esa capacidad de hacer cosas que no hacía antes, *esa fuerza*, por el simple hecho de verte una vez más. ¡A la mierda con lo que he madurado! ¡Que se jodan todos los que me llaman *guerrero*! ¡Yo nunca quise serlo! ¡SI YO NUNCA LO PEDÍ! Yo lo único que quiero es poder volver a mirar tus ojos profundos, abrazarte, contarte cómo me siento, narrarte mi día, aunque a veces sea aburrido..., yo lo único que quiero es que estés a mi lado.

Laura aún no llega. Fue a ver a su madre. ¡Si tan sólo supiera cuánta envidia le tengo! Pero qué bueno que está fuera; sus ojos [que son, por cierto, del mismo color que los tuyos: avellana] no pueden presenciarme

así: acabado y bañado en lágrimas mientras escribo todo esto; no porque la confianza entre nosotros sea nula, o muy baja —¡si supieras!, me conoce de pies a cabeza—, simplemente esto es algo muy personal, estas noches de insomnio en donde sueño (*¿sueño?*) despierto, estas horas que pasan mientras imagino (*¿imagino?*) presentes imposibles, son sólo para mí...

¿Imposibles? Por favor, tengo que oír a alguien que me diga que alguna de esas tres palabras es una mentira creada por mi estúpida razón, sino es que todas ellas juntas. Debe de haber alguien que me abofetee con fuerza y me grite: “¡Imbécil, la realidad existe dependiendo de qué tanto la deseas, porque tú la modificas!” ¿No sería eso lindo? ¿No sería *perfecto*? Sé que algún filósofo idealista me apoyaría.

Sería perfecto porque sí, lo deseo. Y porque le respondería que lo he deseado por años, y le preguntaría llorando (como hago ahora) a ese alguien misterioso que dónde está mi realidad.

Y sí, lo pregunto de pronto al aire quieto, gritando. Unas luces de apartamentos contiguos se encienden. No las veo, pero lo sé porque oigo los interruptores accionarse. También alcanzo a oír quejidos, junto con un par de “¡Deja dormir, mañana trabajo!”, otros menos amables (“¡Cállate imbécil!”) y, por último, una llave de agua que se abre, el chorro que se interrumpe de momento (alguien se lava las manos), y la misma

cerrándose, con el chirrido característico de la cocina.
De *mi* cocina.

Siento que no puedo escribir del todo bien. Mi mano no me deja hacerlo. Mi letra se desfigura poco a poco. No sé cuánto tiempo y trazos finos me queden con ella; pero lo que sí sé es que, cuando deje la pluma y me disponga a estar quieto, me disponga sólo a mirar, sabiéndome el ser más débil de este mundo, cuando pase eso será algo meramente secundario. Lo que ahora me importa está dentro de la cocina, quizá preparando algo para cenar. Sí, cocinando: aunque no se te dé eso de hacer de comer, aunque sea ya demasiado noche y por alimentarme a esta hora sea posible que me den pesadillas al dormir; pero bueno, pienso que ni siquiera voy a descansar. Va a ser una noche larga a tu lado.

Sin consuelo

Ha sido mi mejor amiga desde que tengo memoria. Ella sabe cómo sacarme de los malos momentos, consolarme cuando lo necesito, darme los ánimos que me faltan. Es simplemente maravillosa, describiéndola en una sola palabra. Ha hecho tantas cosas por mí, que a veces siento que no la merezco: se ha quedado en mi casa y ha ocupado un lugar junto a mi cama, ha comido con mi familia, ha cuidado a mis hermanos..., en fin, ha hecho todo lo que una mejor amiga debe hacer...

La conozco desde que tengo memoria, recuerdo cuando venía a mi casa porque mi madre y la suya fueron amigas desde la preparatoria, por lo que, mientras una trabajaba, la otra cuidaba a las dos criaturas traviesas. Mi infancia fue un ir y venir de mi casa a la suya, y puedo asegurar que parte de la suya también. También fue junto a mí al jardín de niños y jugamos

muchísimas veces entre dos, solamente, sin prestarles atención a los demás; no era necesario que nadie más estuviera, éramos sólo ella y yo. Fue en la primaria cuando nos distanciamos por una disputa entre adultas, por lo que terminaron por inscribirla en otra escuela, alejándola por completo de mi compañía. Debo admitir que el sentimiento que tuve en ese momento fue de profundo dolor y me fue difícil de superar, pero al final lo hice. Cuando pasé a secundaria, creí haberla olvidado por completo, pero por una de esas casualidades del destino —no creo en ese tipo de cosas, pero suena lindo decirlo—, volvimos a encontrarnos. Se veía más hermosa de lo que recordaba, sus ojos marrones, o avellanas, relucían como dos faros guiando mi camino... Pero todo eso nunca pude decírselo directamente...., digamos que sería mutuamente incómodo, y es allí donde radica el problema. Nuestra amistad se sumió, por mi culpa, en un espiral de confusión y desdicha que no ha permitido que las cosas sean como antes. Explicaré: A veces me sorprende estando con mi novio y pensar súbitamente en su imagen abrazándome; peor aún: ha habido una u otra vez en la cual me sorprende diciéndole “¡Fátima!” a Alfonso cuando estamos haciéndolo. Él sólo me ríe al oído e intenta hacer como que no le importa, pero yo estoy consciente que lo dije, y me siento sumamente culpable...., y la culpa aumenta cuando me doy cuenta que no lo amo como antes.

Y es que la pregunta surge cada vez que la miro a ella y siento mariposas en el estómago: ¿es una amiga solamente, o significa algo más para mí? Es una pregunta difícil de responder, y me remite inevitablemente al miedo de su rechazo.

¿Qué diría la gente si supiera que el gay del lugar ya cambió de preferencia sexual? ¿Qué harían sus padres, que tantas veces nos han dejado dormir juntos por considerarme inofensivo para ella?

¿Qué diría Fátima, sobre todo, si supiera que ya no soy quien creía ser, que cambié mis preferencias a pesar de que ella sigue enamorada de las mujeres, y que ahora soy bisexual o, peor aún, intento de *hetero*?

A veces me preocupo mucho, —la mayor parte del tiempo, si soy honesto— pero esto es algo que ella no podrá consolar en mi situación actual. Ya soporté una vez el rechazo social. Dudo mucho que esta vez pueda darme ánimos.

Amante despechada

I

Al estar dentro de ella, llenándose por completo, bañándose de todas partes con su suave tacto, decidió que la lluvia era la amante indicada. Era perfecta.

Pero había una pequeñísima desventaja: no podía besarla.

II

Pasó el tiempo y, en medio de la primavera, encontró a una chica hermosa, de cabello castaño y ojos preciosos, que lo hizo sentir bien, que lo hizo olvidar a quien extrañaba. La amante despechada, llena de



ira y de celos, se transformó, de forma sorpresiva y repentina, en tormenta.

Al chico no le dio tiempo de dar explicaciones, mucho menos de decirle cuánto la echaba de menos. Murió ahogado dentro de un río desbordado, que se lo llevó hasta su desemboque, mientras lo llenaba por completo, mientras lo bañaba de todas partes con su exageradamente fuerte tacto. La suavidad había quedado atrás.



Del niño que no le temía ni a las ferias de pueblo

Gerardo era un valiente, respetado por la mayoría de los chicos que vivían por su zona. Y es que corría el rumor de que no se asustaba con nada. Nadie descubrió nunca un pavor en él [y no era que no se esmeraran en buscarlos..., simplemente no encontraban ni un indicio] y, entre todos [pequeños y grandes] consideraban el asustarlo como un reto casi imposible, como un rito de superación personal: sólo aquel que lo lograra, obtendría el “respeto” que Gerardo tenía.

Esa era la razón de que sus amigos lo invitaran con mucha frecuencia a las ferias y apostaran con él: querían probar su famoso valor con la clásica casita del terror. Pero quedaban boquiabiertos cuando lo veían salir con una expresión de indiferencia; sin un ápice de palidez en el rostro ni una gota de sudor en la frente.

Era, sin duda alguna, el chico más valiente de todos.

Cuando su madre andaba preocupada por la cuestión económica (puesto que su restaurante representaba más un gasto que una ganancia) él la mantenía en un límite de cordura diciéndole: “ya, mamá, todo va a resolverse pronto” y así sucedía la mayoría de veces; sin embargo, si Gerardo no tenía razón, se le podía observar resistiendo el hambre como... — ¿cuál era la forma en que lo llamaban los ancianos del pueblo? Ah, sí—: *como un verdadero hombre*.

Cuando un bravucón lo hostigaba [seducido por la ambición de respeto, por la idea de que lo consideraran “el sujeto que por fin hizo sentir miedo a Gerardo”] él, por su parte, se mantenía impasible..., y si el asunto llegaba más lejos de lo que debía, simplemente entraba a casa tranquilo, aunque tuviese un diente de menos y, en cambio, un ojo morado.

Gerardo creció sintiendo repudio hacia toda esa gente. Creció despreciándola, asqueándose de su presencia y evitándola siempre que le fuera posible..., pero nunca sintiendo miedo ante ellos. Así que cuando su madre murió, se mudó lejos del lugar. Vendió la casa y compró un auto, alejándose por completo de todo. La gente se inventó que su único miedo, en realidad, había sido siempre el pasar una vida sin la mujer más importante de su vida, y no lo juzgaron, pero en el fondo todos se sintieron satisfechos de crearse esa pe-

queña conclusión, que era de cada uno y de nadie más. Se sintieron satisfechos de saber que el niño sin miedo [que ya ni siquiera era un niño] ahora *tenía miedo*.

Pero las conclusiones eran falsas. A Gerardo no le importaba lo que pensarán, mientras ellos se mantuvieran lejos de él y, por lo tanto, lo dejaran en paz.

* * *

Pasó tan sólo medio año en la nueva ciudad para que la muchedumbre [al menos la gente que vivía cercana a su departamento] se diera cuenta de que algo andaba raro en el nuevo. Pero la inseguridad de las personas ante él no duró mucho tiempo, los murmullos a sus espaldas cuando caminaba por el mercado cesaron el mismo día en el que salió a la calle tranquilo, como siempre, y fue herido de bala por no cooperar en un asalto. Ya en la comisaría los dos sujetos aseguraron a las autoridades que “*el imbécil parecía ser sordo o retrasado*”, porque los miró con aire burlón y sonrió mientras tenía la punta de la pistola en pleno rostro y recibía gritos con órdenes de que les diera el dinero. Uno de ellos confesó, incluso, (luego de un interrogatorio exhaustivo y unas cuantas golpizas) el motivo por lo cual apretaron el gatillo. *Realmente daba miedo*, les dijo.

Murió como vivió: impasible, indiferente ante la gran mayoría de cosas. El empleado del crematorio aseguró, al igual que el de la morgue [ambos prove-

nientes del pequeño poblado que acosaba a ese pobre niño. Ambos aferrados a sus costumbres y, por lo tanto, supersticiosos], que era el cadáver que más trabajo le había costado. Simplemente no lo soportaba. Aquellos ojos cafés y vacíos lo tenían intranquilo. Como a todos.

Malditos celos

José Juan siempre fue un tipo inseguro y posesivo. A Camila, su novia, el hecho le molestaba un poco, pero consideraba que si le mostraba que era fiel, con el paso del tiempo él se daría cuenta de su error al pensar que lo engañaba, y todo el esfuerzo de aguantar sus berrinches habría valido la pena.

Era difícil, José Juan siempre, sin excepción, hacía una escena; ya fuera en el cine, en un parque, un museo, feria o concierto, y por distintas excusas y motivos: desde una mirada, una sonrisa, hasta un saludo o despedida de un viejo amigo con apretón de manos y beso en la mejilla [“Vete con tu amigo de ‘ojos bonitos’. Pinche color café caca, ¿cuál avellanas? Ridícula”].

El día que Camila llegó con su sorpresa por su cumpleaños nunca imaginó la respuesta que José Juan le daría:

—...¿Qué? —dijo ella, anonadada.

—Ya me oíste, terminamos.

—Pero..., ¿qué dices?, ¿por qué?, ¿qué no te gustó tu regalo? Si lo hice sólo por ti y para ti, mi amor.

—Estoy harto, carajo. No me digas que el que te hizo el tatuaje en la nalga no te la anduvo viendo. Más que eso, ¡tal vez la toqueteó! ¿Cómo puedo ser tan estúpido? Vamos, miénteme, dime que el chamaco ese se tapó los ojos porque tú se lo pediste, o dime que te lo tatuó una mujer. Ya estoy hasta la madre, ¡mejor me largo!

Y José Juan se fue, mientras Camila lloraba en la habitación vacía. Tiró el pastel a la basura, apagó y guardó las velas, ponchó los globos y maldijo por lo bajo a los jodidos celos. Ahora le quedaban dos opciones: o se cambiaba el tatuaje con algún dibujo que lo cubriera..., o consideraba seriamente el andar con un segundo José Juan...



Cuentos de ojos y avellanas

de **André López García**,
editado por el Colegio
de Ciencias y Humanidades
Naucalpan, se terminó de imprimir en
enero de 2020 en los talleres de Gráfica
Premier S. A. de C. V.

La edición consta de 1000 ejemplares, se
imprimió en papel cultural de 90 grs. para interiores
y cartulina sulfatada de 12 grs. para los forros; en su
composición se utilizó la familia tipográfica Cardo;
la impresión es offset. El cuidado de la edición
estuvo a cargo de Édgar Mena y Michell
Bernabé.

Este libro se publicó gracias al apoyo
de la DGAPA, Proyecto Infocab
PB 402015.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. Enrique L. Graue Wiechers
Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa
Secretario de Desarrollo Institucional

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo
Secretario de Prevención, Atención
y Seguridad Universitaria

Dra. Mónica González Contró
Abogada General

Mtro. Néstor Martínez Cristo
Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Benjamín Barajas Sánchez
Director General

PLANTEL NAUCALPAN

Mtro. Keshava R. Quintanar Cano
Director

Mtro. Ciro Plata Monroy
Secretario General

Lic. Joaquín Trenado Vera
Secretario Administrativo

Ing. Reyes Hugo Torres Merino
Secretario Académico

Mtra. Angélica Garcilazo Galnares
Secretaria Docente

Mtra. Rebeca Rosado Rostro
Secretaria de Servicios Estudiantiles

Damián Feltrín Rodríguez
Secretario de Atención a la Comunidad

Ing. Verónica Berenice Ruiz Melgarejo
Secretaria de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez
Secretaria de Administración Escolar

Ing. Carmen Tenorio Chávez
Secretaria Técnica del Siladín

Lic. Reyna I. Valencia López
Coord. de Seguimiento y Planeación

Mtra. Diana Contreras Domínguez
Jefa de la Oficina Jurídica

Mtro. Édgar Mena López
Jefe del Departamento de Impresiones